

RER

Revista de Estudios Rectificados

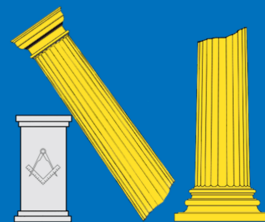
Año 1

Número 0

Abril

2019

ADHUC STAT



RER

Revista digital sobre el Rito Escocés Rectificado

Redacción:

Caballeros del Mediodía 189

Gran Logia de España

Gran Logia Provincial de Andalucía

Dirección electrónica:

revistaestudiosrectificados@gmail.com

ÍNDICE

El sombrero

Pág. 3

El enigma Rectificado

Pág. 4

NOTA DE LA REDACCIÓN

La presente revista presenta en sus contenidos trabajos de reflexión personal de Hermanos que practican el Rito Escocés Rectificado. Lógicamente RER, Revista de Estudios Rectificados, no pretende ni desea que esas reflexiones la representen. Los matices que podremos observar constituyen la riqueza que aportan los Hermanos.

Portada: símbolos característicos del Rito Escocés Rectificado.

El Tricornio

Iniciamos con este número 1 un propósito largamente acariciado por un pequeño núcleo de Hermanos: la expansión del Rito Escocés Rectificado (RER). Nuestro empeño es dar a conocer un Rito oficial en nuestra Gran Logia de España, pero muy minoritario y desconocido.

Es un Rito que podemos caracterizarlo por más ser que estar, por la exigencia espiritual que implica para el que lo practica, por la fuerte carga esotérica que contiene.

El RER es un rito que se asienta en principios masónicos y caballerescos constituyendo una escuela de Sabiduría y de Virtud que conduce al Templo de la Verdad.

El RER está construido siguiendo una arquitectura compuesta de anillos concéntricos que permite una comunicación coherente de su doctrina. Se estructura en seis grados, cuatro de ellos de carácter simbólico y dos caballerescos. Los tres primeros grados, Aprendiz, Compañero y Maestro están administrados por la Gran Logia de España y se desarrollan en las logias simbólicas.

Quiero destacar la existencia de una Regla, la cual vertebra la vida espiritual del Masón Rectificado y sobre la que trataremos ampliamente en futuros números.

Estructurado en la Francia y la Alemania del s. XVIII (J. B. Willermoz será un actor principal de su estructuración) es un rito profundamente cristiano, reflejo de una religión primitiva donde el cristianismo se inserta. La doctrina esotérica de Martínez de Pascual, el pensamiento de Jacob Bohme, Enmanuel Swendenborg, la tradición cristiana primitiva y una gnosis en su sentido más tradicional son algunos, entre otros, de los componentes más significativos de su doctrina. Un rito para vivirlo en profundidad.

Te ofrecemos con la lectura de estos artículos la oportunidad de comenzar a saborear la sabiduría que encierra. ¡Ojalá sea de tu interés y provecho!

Recibe, Querido Hermano lector, un Triple Abrazo Fraternal.
La redacción.

El enigma Rectificado

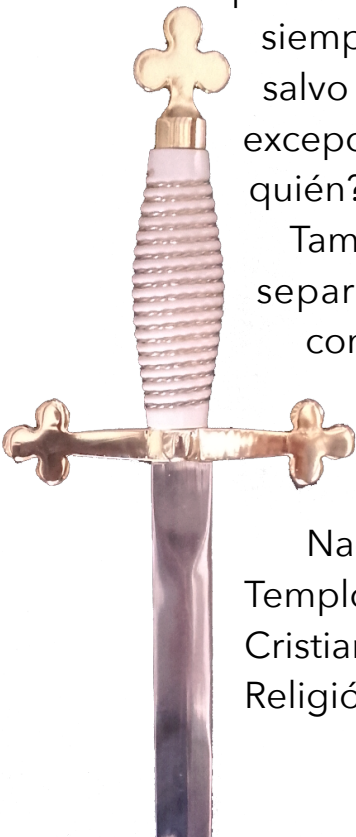
Espada trebolada y sombrero de tres picos. Donde quiera que habite, la Masonería Rectificada acude al Templo de la regularidad provista de estos dos elementos dieciochescos. Y allí donde ritos y sistemas confluyen y mezclan sus aguas, las miradas sorprendidas de los aprendices ajenos a los usos rectificados suelen posarse sobre las ondas del fieltro que nos cubre y el acero bruñado de las armas. ¿Quiénes son estos, tan distintos?



Apariencia, aprendiz. Espejismo. Estos signos que te chocan no son nuestros. En ocasiones, es necesario viajar para conocerse a uno mismo. Nuestro sombrero evidente es sutil en otros ritos, pero común a todos los que tomaron sus primeras formas del suelo francés. Estudia su uso sobre nuestras cabezas. Quizá en un futuro te sea útil para resolver tu propio rompecabezas. Aprendices y Compañeros siempre descubiertos. ¿Ante quién? Los Maestros tocados, salvo cuando toman la palabra. ¿Ante quién? Y todos, sin excepción, despojados del sombrero en tres momentos. ¿Ante quién?

Tampoco la espada, siempre capaz de rasgar el velo que separa la manifestación del misterio, siempre capaz de comunicar el mundo sutil y aquel que pesas y mides, debería serte ajena. Estudia su uso en nuestras manos. ¿Izquierda o derecha? ¿Arriba o abajo? Nada ocurre porque sí en el Templo.

Nada ocurre porque sí en el Templo y hoy, aquí, en este Templo, un masón regular ha jurado defender la Santa Religión Cristiana. ¿Cómo es posible? ¿Acaso la sola mención de la Religión no está proscrita de nuestro espacio sagrado?



Para entender, debemos remontar la historia de la Masonería. Empezar desde el principio. Hace una miríada de siglos, antes de que la Historia escribiera su primera línea, antes incluso de que se forjaran las leyendas y mitos. En una edad que aún no era tiempo del Hombre, de repente las estrellas, de repente el Sol, de repente la Luna. Hace una miríada de siglos, el Gran Arquitecto creó el verdadero Templo del cual esta Logia que hoy pisamos es sólo imagen y semejanza, pálido reflejo. Para el masón rectificado no existe el tiempo profano, pues no es posible dejar de estar en sagrado. La longitud del Templo, de Oriente a Occidente; su anchura, del Norte a Mediodía; su profundidad desde la superficie de la Tierra hasta el centro, su altura, tantos codos que no se pueden contar.

Primero fue el Templo, la manifestación, y mucho después, el Hombre. ¡El Hombre!. Todos los rectificados estamos familiarizados con el mito de la Caída. Ocupa un lugar central en nuestras tribulaciones, en nuestra construcción interior, en nuestra reflexión sobre el Hombre y su esencia. En el centro del Jardín, dos árboles: el de la Vida y el del Conocimiento del Bien y del Mal. Seréis como dioses. Y, luego, la expulsión del Paraíso.

Si lo que acabo de decirte te resuena arcaico o ajeno, explícalo como mejor te plazca. Elige tú las palabras, las imágenes; recorre mentalmente las eras de lenta evolución que han confluido en ti, pero detente a examinar un momento preciso: aquel en el que, por primera vez, se golpeó una piedra con ánimo de fabricar una herramienta. No fueron los reflejos ni el instinto animal quienes quitaron ese golpe, sino la razón, la ciencia, el pensamiento. Contempla a Adán, el primer cantero. El primero de tu especie. El primero en poner los cimientos de la tradición Primordial de la que participamos tan hondamente en la Masonería.

Aquel Hombre, aquel primer Hombre, fue el primero en contemplar el Templo, las estrellas, el Sol y la Luna en busca de respuestas. Dice nuestra Regla de vida, la Regla Rectificada en base a la cual debemos vivir todos los masones del rito sin importar nuestro grado y condición: "De entre todas las ciencias que presenten los



resultados más brillantes en la industria y en el progreso de la sociedad, observa a aquella que te enseñe las relaciones entre Dios, el Universo y tú, colmará los deseos de tu alma celeste, y te enseñará a cumplir mejor con tus deberes”.

Aquel Hombre, aquel primer Hombre, fue el primero en perseguir los frutos de esta ciencia. Cuando remontamos nuestras poéticas genealogías hasta aquel primer Hombre, estamos reivindicando el universo surgido de la Caída. El universo del drama humano; el universo de la expulsión del Paraíso, en el que siguen viviendo hoy las criaturas que nos rodean. La capacidad de conocer hizo del Hombre un ser desgarrado por su doble naturaleza. El Hombre ha reconocido en el centro de su pecho la chispa divina, el recuerdo de su Origen, pero al mismo tiempo anida en él la pulsión animal, el instinto, el apetito.

“¿Qué venís a hacer a la Logia como Aprendiz? Vengo a aprender vencer mis pasiones, a superar mis prejuicios y a someter mi voluntad, para hacer nuevos progresos en la Masonería?”.

El epicentro de la batalla Rectificada está ahí, en esa frase de instrucción por preguntas y respuestas. El Hombre que se conoce a sí mismo no se niega, el Hombre que conoce a su verdadero enemigo tiene oportunidad de vencerlo. El problema no es el Mundo, el problema no es el Templo; el problema es el Hombre que lo habita.

En su iniciación, el Aprendiz rectificado viaja por tres elementos que conforman la manifestación: Tierra, Agua y Fuego. Ya

sé, ya sé, tú recorriste cuatro. Déjame tenderte un puente, Hermano. Quizá, en tu cámara de reflexión había sal, mercurio y azufre. Ahí los tienes. En algún momento la alquimia pasó del cuatro griego al tres hermético para preservar el Aire, el soplo divino del cual el aliento que ahora exhalo es pálido reflejo. En el principio era el Verbo, la Palabra, como dice el más críptico de los prólogos. Jamás nos verás soplar una vela para extinguirla, pues no hay signo pequeño.

En su iniciación, decía, el Aprendiz rectificado viaja por los tres elementos que conforman la manifestación: Tierra, Agua y Fuego. Y, atento a esto que es clave, cuando el Aprendiz entre en contacto con cada uno de ellos el introductor le susurrará al oído: "El grano plantado recibe la vida de la tierra; pero si su germen está alterado, es la propia tierra la que acelera su putrefacción...". "Es por la disolución de las cosas impuras que el agua lava y purifica, pero también encubre las influencias funestas, y los principios de la putrefacción...". "El fuego consume la corrupción; pero devora al ser corrompido...".

El introductor le susurrará al oído que la manifestación no es buena ni es mala, que es material de doble uso. ¿Qué vas tú a hacer con él? ¿Cómo piensas emplearlo? Es entonces, después de cada susurro, cuando el Oriente clama sus máximas provechosas: "El Hombre es la imagen inmortal de Dios pero, ¿quién podrá reconocerla si él mismo la desfigura?"..."Aquel que se avergüenza de la Religión, de la virtud y de sus Hermanos es indigno de la estima y de la amistad de los MASONES"... "El Masón que no abre su corazón ante las necesidades y desgracias de los otros hombres es un monstruo dentro de la sociedad de los Hermanos...".

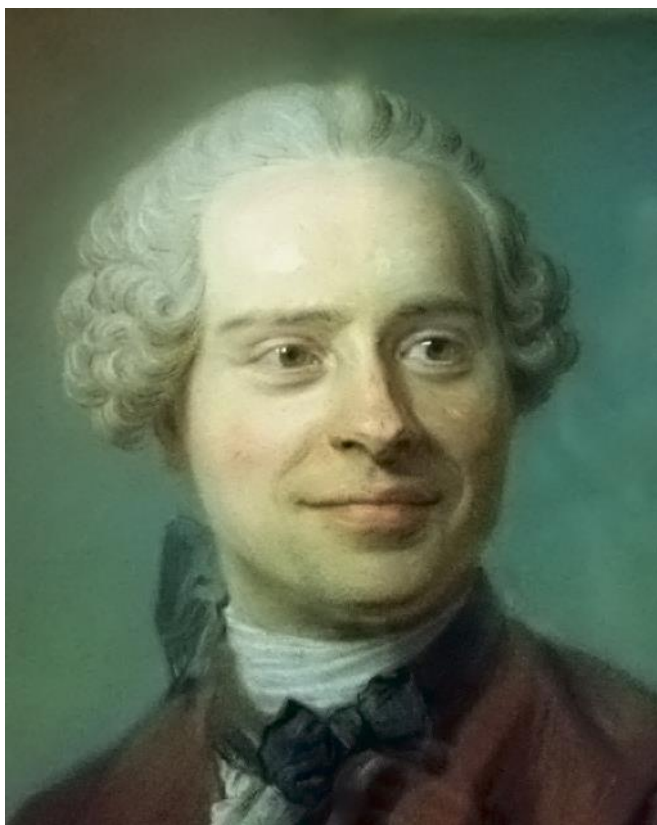
Hay una idea capital en el Rectificado sobre la que conviene mucho extenderse en este grado: conocimiento y sabiduría son cosas diferentes. El conocimiento es potencia; la sabiduría, dirección. Sólo quien tenga ambas, pero especialmente la segunda, podrá ocupar la silla de Salomón. En la escalera de Jacob que todos remontamos en busca de nuestra verdadera patria, la Masonería no osa fabricar santos ni beatos, pues sería tanto como decir que la escalera está ya recorrida. Nos quedamos en el peldaño previo. Hacemos Venerables, una

denominación profundamente cristiana, vinculada a una bondad sin límites, a una bondad sin mácula, que ha de ser reconocible por todos los hermanos y seres con los que uno se roza en la vida.

Eso es, en la Cristiandad occidental, un Venerable. Aterrizamos por fin en lo cristiano. Y es aquí donde hay que entender correctamente los conceptos. Se puede decir que la Orden es tan antigua como aquel Adán que hemos trazado, pues reconocemos en él nuestra propia búsqueda, los cimientos secretos y ocultos del edificio que habitamos. Todas las escuelas iniciáticas que ha conocido la humanidad están conectadas con esa Tradición Primordial que el Hombre ha ido tejiendo. Todas ellas remontan la misma escalera, cada una por las vías que le son abiertas.

Pero la Masonería nuestra, la palabra concreta, no tiene esa antigüedad sin límites. Nació en un tiempo y en un espacio. El Occidente del primer milenarismo. El Occidente de un Cristianismo en renovación. El Occidente del Gótico, expresión de una espiritualidad nueva que construimos con nuestras manos y nuestra ciencia operativas; el Occidente del movimiento monástico, en el que ya no hay padres sino hermanos; el Occidente de los caballeros cristianos, que aspiraban a la virtud interior para conducirse por el mundo. La Masonería de hoy, más o menos transformada, eslabón a eslabón, es hija histórica, real, de aquel tiempo, de aquel sueño de transformar al Hombre.

Ese es el matiz, quizá, si es que hay alguno. El Rectificado considera a la Masonería como la gran escuela iniciática de la Cristiandad. No niega otros caminos, pero reconoce su tiempo y su espacio concretos. Se dice que el rito más antiguo de la Masonería es York, y posiblemente sea cierto. Los ritos del



escocismo, del cual York no participa, somos más modernos. Pues bien, es en ese tiempo concreto, en ese cambio de milenio, donde York hunde sus raíces fundacionales.

Siete siglos después la Masonería libró una batalla sorda entre dos visiones. La de aquellos que aspiraban a transformarla, a desnudarla de todo lo particular, a dotarla de un universo simbólico minimalista pero capaz de operar la iniciación a los misterios en todo Hombre; y la de aquellos que consideraban imposible despojarla de sus orígenes sin destruir su poder transformador. Una guerra sorda entre Antiguos y Aceptados que duró casi un siglo. En los dos principales ritos de la Gran Logia de España esta batalla terminaría en tablas. La victoria de los Aceptados o Modernos fueron tres grados limpios de todo rastro. La de los Antiguos, la preservación de sus secretos en otros altos grados, más allá de la Maestría. Los dos universos en los que se divide la Masonería regular tienen que ver con aquella paz.

Pero existen otros ritos cristianos de principio a fin, como el Rectificado. Esta es su breve historia. Una década después de que llegara a Francia el ritual moderno de la Primera Gran Logia de Londres, los Antiguos reaccionaron sacando el escocismo a la luz. El caballero Ramsay desvela la filiación caballeresca de la Orden y, además de los tres grados, describe el puente de San Andrés y una orden interior.

En Francia, ese escocismo provoca la aparición de múltiples grados y sistemas. La fundación, 50 años después de Ramsay, del Gran Oriente de Francia, en origen regular, tuvo que ver con la necesidad de organizar, sin desechar nada, todo aquel universo en el Rito de Perfección, de 25 grados, que es el antecedente de los 33 del Escocés Antiguo y Aceptado.

Pero en Alemania ese escocismo tomó otra forma, la de la Estricta Observancia Templaria, que dijo de sí misma ser sucesora de la Orden que, refugiada en Escocia, fundó la Masonería descrita por Ramsay. De este tronco compacto surgirá en pocos años la familia de ritos explícitamente cristianos: el Rito Sueco, el más practicado en



Escandinavia; el Rito de Zinnendorf, con una enorme penetración en Alemania, y el Rito Escocés Rectificado, nacido del Convento de Wilhelmsbab de 1782 al que acudieron masones de todo el continente para examinar la filiación templaria.

El Rectificado afirma la

existencia de una Tradición Primordial tan antigua como el Hombre, a través de la cual el ser humano busca el conocimiento de y la unión con su Creador. Pero afirma también que los caminos iniciáticos generados por esa Gran Tradición son inabarcables por un sólo Hombre, que hemos sido bendecidos con la Masonería, la gran vía iniciática surgida en el marco de la Cristiandad.

Voy terminando. En el XIX, un Querido Hermano criado en el Antiguo y Aceptado tomó la palabra en las Cortes y dijo lo siguiente: "El Cristianismo, señorías, salvó al Hombre redimiéndole de la esclavitud que le dominaba: le abrió los horizontes de la inmortalidad, elevando hasta el cielo su conciencia; borró la diferencia de las castas; rompió las cadenas de los esclavos que el ángel de la libertad pagana no había podido romper ni en Gracia, ni en Esparta, ni en Roma; proclamó por fin las grandes verdades sociales, la libertad, la igualdad, la fraternidad entre todos los hombres. Entre él que los proclamó y nosotros que hemos de practicarlas hay una distancia inconmensurable, un abismo; porque él que las proclamó era todo bondad y mansedumbre, y nosotros que hemos de practicarlas somos todo soberbia y maldad".

Esa es, sin duda, la Santa Religión Cristiana que yo he jurado defender al ser iniciado y que forma parte, estoy convencido de ello, de las raíces más profundas de nuestra Orden. Esa es, sin duda, la

Santa Religión Cristiana del monje milenarista, del caballero milenarista, la Religión de los hombres libres, iguales y fraternos. ¡Que lejos, aún, este ideal purificado! Ideal que otrora chocó contra aquellos que, en nombre de lo sagrado, profanan el Templo; ideal que hoy lo hace contra aquellos que olvidan estar en sagrado.

Hombres libres, iguales y fraternos. No sé si esta vía podrá ser, alguna vez, para el hombre de Oriente. Sí que sé que es la mía. Sé que, como masón, no puedo permitirme escapar del mundo, que tengo la necesidad de zambullirme en él, que soy monje que llama al otro hermano, el caballero que intenta ser virtud en el mundo. Que amar al otro es la vía de Occidente. Que amar al otro es la vía cristiana. Que amar al otro es la vía masónica.



